

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Homilía del P. Joan Carles Elvira, prior de Montserrat

14 de septiembre de 2008

Nm 21: 4b-9; Fl 2: 6-11; Jn 3: 13-17

¿Como puede ser, hermanos y hermanas, que la cruz, signo terrible de sufrimiento y de muerte, haya acabado siendo aquello que más rápidamente identifica a un cristiano? Nunca encontraremos una respuesta tranquilizadora a este misterio de nuestra fe, que sólo se ilumina a lo largo de una vida de fidelidad en el seguimiento de Cristo. Pero tenemos que esforzarnos por dar razón de nuestra esperanza a aquellos que nos acusan de enemigos de la Vida y de la Felicidad. Como en tiempo de San Pablo, también nuestros contemporáneos consideran un escándalo y un absurdo la predicación de un Mesías crucificado. Pero nosotros vemos el poder y la sabiduría de Dios (cf. 1Cor 1: 22-25). En la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz tiene resonancia, de alguna manera, esta sabiduría y este poder de la obra de Dios. Quiere mostrarnos la luz que brota de la cruz de Jesús y que es capaz de iluminar la vida de los creyentes. ¿Cuáles me parece, pues, que pueden ser algunos de los rasgos del mensaje de esta fiesta que la Iglesia nos propone celebrar hoy?

De entrada diría que el Evangelio no es sólo la cruz. La fe empieza por el anuncio jubiloso de una Vida más fuerte que la muerte: *¿Buscáis a Jesús de Nazaret? ¡Ha resucitado!*, dice el ángel a las mujeres que se acercan al sepulcro el domingo de Pascua. Es, pues, a la luz de la resurrección que la cruz tiene su lugar en la predicación cristiana. Pascua reconcilia dos realidades contradictorias al confesar que la muerte es condición de una vida más plena, cuando se ha vivido, como Jesús, desde la confianza incondicional en el Padre y ha llegado a hacer de la muerte su *propia* muerte: *Nadie me toma la vida, soy yo quien la doy libremente ...*

En el corazón del Evangelio, sin embargo, no está sólo la Cruz y después la Resurrección, sino también la Cruz precedida del seguimiento de Jesús. La muerte de Jesús en cruz fue la consecuencia de su manera de anunciar el Reino de Dios. Por eso los discípulos nos abrimos a la sabiduría y al poder de la cruz cuando, con los años, fijamos los ojos en nuestro maestro, comprendemos que la vida es para darla y que nunca vivimos más plenamente que cuando somos capaces de amar hasta el extremo, es decir, sin pedir nada a cambio ...

En el corazón del mensaje de la fiesta de hoy, por último, encontramos el anuncio de nuestra salvación, de nuestra redención. La cruz es el retoño del árbol del paraíso, con su follaje medicinal. Dos me parecen las notas de esta salvación y redención: el amor y el perdón. Podríamos pensar -y demasiado a menudo ha sido así- que lo que salva es el sufrimiento del Crucificado. No, Dios no quiere el sufrimiento de sus hijos. Es verdad que no hay vida humana sin sufrimiento, pero Dios nos acompaña en esta dura prueba. Con Él al lado, el sufrimiento se puede convertir en aquello que mide la calidad de nuestra existencia. Hay lecciones esenciales para captar el sentido de la vida que no se pueden aprender de otra manera. Más que el sufrimiento, pues, lo que realmente nos redime es el amor por nosotros que Jesús manifiesta desde la cruz y el rostro paternal de Dios que nos revela. Sólo un amor tan grande nos salva, sólo un Dios tan humano nos redime ... Pero para que este mensaje de Amor sin límites sea creíble hay que hablar con la misma intensidad del perdón, del pecado del mundo que Jesús toma sobre sí en la cruz. El perdón no consiste en la negación del mal, como si Dios dijera: ¡tranquilos, no pasa nada! ¡Sí que pasa, y mucho! Hace falta que acojamos a Jesús entregado por nuestros pecados y que nos hagamos solidarios. Hace falta que participemos todos en su obra de reparación, haciendo de nuestras vidas unas vidas ofrecidas, por amor, a Dios y al prójimo.

Hermanos y hermanas, este mensaje de la Santa Cruz se hizo carne en nosotros el día de nuestro Bautismo. Marcados con el signo de la cruz, fuimos asociados estrechamente a la muerte de Jesús para renacer con Él a una nueva vida. Todo lo que hemos vivido posteriormente a nuestro bautismo tendría que ser desarrollo de esta semilla inicial. Estemos orgullosos, pues, de ser cristianos en el mundo de hoy: no, no tienen razón los que nos acusan de enemigos de la Vida y de la Felicidad. Para nosotros, ser testigos del Crucificado, testigos de la sabiduría y de la fuerza de la obra de Dios, es cuestión de vida y de vida en abundancia ...